

LIBRO V
DE LA ANTONIA AL CALVARIO

CAPÍTULO PRIMERO

LA VÍA DOLOROSA.

Induerunt vestimentis suis et educunt illum ut crucifigerent eum.

Marc., xv, 20.

Et bajulans sibi crucem exiit in eum qui dicitur Calvariae locum.

Joan., xix, 17.

Ducebantur autem et alii duo nequam eum eo, ut interficerentur.

Luc., xxiii, 32.

De la Antonia al Calvario no hay mucha distancia. Andando regularmente se puede recorrer en menos de media hora; no tiene más que seiscientos y tantos metros, contando los rodeos á que obligan los accidentes del terreno¹.

¹ Sepp da media milla romana á la vía dolorosa. (*Vie de Jésus*, t. III,

Desde el sitio tradicional de la *Escala Santa* hasta el arco del *Ecce Homo*, se cuentan unos ochenta y tres metros que se andan por una pendiente ocasionada por la elevación del terreno alrededor del arco. Después se baja rápidamente hacia la calle *Hoch-Akhia-Beg* que viene de de la puerta de Damasco, forma un ángulo agudo con la anterior ¹, y tiene cincuenta metros, después de los cuales se recorren cerca de sesenta de Nord-este á Sud-este antes de dar vuelta á la derecha en la dirección de Poniente. En esta revuelta comienza la calle *Es Serai* que desemboca, cincuenta metros más allá, en la antigua puerta Judicial cuyos restos están indicados donde se corta la calle *Báb-el-Amoud*. Á igual distancia, poco más ó menos, se llegaría al Golgotha, si se pudiera ir en derechura como en tiempo de Jesucristo. Pero las construcciones con que rodeó Constantino, y los Griegos y los Cruzados y los Musulmanes, la iglesia del Santo Sepulcro, obstruyen al presente este espacio, único en que no podemos seguir verdaderamente las huellas del Salvador.

Es un error creer que el tiempo ha modificado desmesuradamente el aspecto primitivo de estos lugares, como lo repiten á porfía los escritores que nos hacen la descripción de Jerusalén. Los «sesenta ú ochenta pies de cenizas y escombros ²» que se acumulan á placer en la Vía Dolorosa, podrán muy bien encontrarse por debajo de las murallas del Templo ó en el valle del Tyropeón inferior; pero no en la pendiente de la Antonia ó en la subida de la puerta Judicial. Otro tanto debe decirse de «algunos

p. 46).—Con arrago á no sé qué tradición, tenía tantos pasos como años habían transcurrido desde la fundación de Roma.

¹ Delante del hospital austriaco. Se trata aquí de la ruta que siguen actualmente los peregrinos.

² MARTIN: *La Passion*, p. 237-238.



Arco del *Ecce Homo* — Fachada oriental.

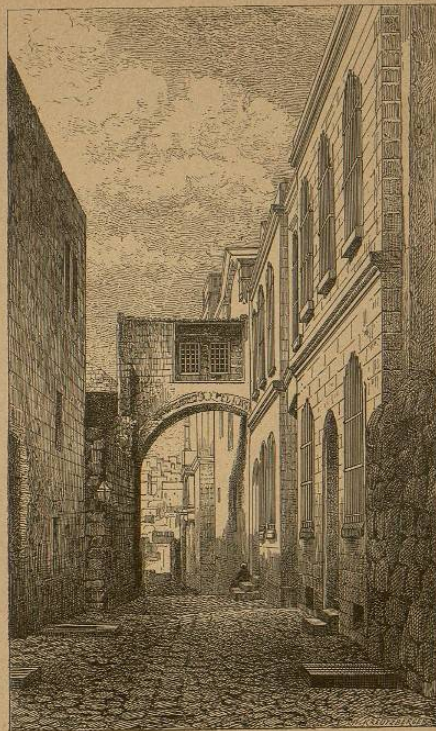
Desde el sitio tradicional de la *Escuela Santa* hasta el arco del *Eck Horu*, se cuentan unos ochenta y tres metros que se andan por una pendiente ocasionada por la elevación del terreno al avanzar del arco. Después se baja rápidamente hasta la calle *Met-Hassidim* que viene de la puerta de Damasco, forma un ángulo agudo con la anterior, y tiene cincuenta metros, después de los cuales las murallas cerca de sesenta de Nord-este á Sud-este antes de dar vuelta á la derecha en la dirección de Poniente. En esta revuelta comienza la calle *El-Sekai* que desemboca, cincuenta metros más allá, en la antigua puerta Judicial cuyos restos están indicados donde se corta la calle *El-Hassidim*. A igual distancia, poco más ó menos, se llegaba al Golgotha, si se pudiera ir en derechura como en tiempo de Jesucristo. Pero las construcciones con que rodeó Constantino, y los Griegos y los Cruzados y los Musulmanes, la iglesia del Santo Sepulcro, obstruyen al presente este espacio, único en que no podemos seguir verdaderamente las huellas del Salvador.

Es un error creer que el tiempo ha modificado desmesuradamente el aspecto primitivo de estos lugares, como lo repiten á porfia los escritores que nos hacen la descripción de Jerusalén. Los «sesenta ú ochenta pies de cenizas y cenicientas» que se acumulan á placer en la Via Dolorosa, podrán muy bien encontrarse por debajo de las murallas del Templo ó en el Valle del Tyropeón inferior; pero no en la pendiente de la Antonia ó en la subida de la puerta Judelaria. Otro tanto debe decirse de algunos

El *Arco del Eeck Horu* no es de que tradición, pero á los pocos años de haberse construido desde la destrucción de Babilonia.

El *Arco del Eeck Horu* se construyó en el año 1000 de la era cristiana, se construyó en la ruta que siguen los peregrinos al Calvario.

Madrid: de Koenig, p. 207 y 208.



Arco del Eeck Horu : fachada oriental.

metros ¹» que, según nos dicen, se levanta el suelo en este camino, y que costaría trabajo comprobar, por ejemplo, con el umbral de la casa de la Verónica. De que «la roca salga á nivel solamente ²» en el Gólgota y en el Santo Sepulcro, no se sigue que estos dos puntos sean los únicos en que las huellas de nuestro divino Maestro puedan verse hoy día, y que «todo lo demás no pasa de ser conjetural ³.» Hay en todo esto mucha inexactitud ó exageración, por más que no lo crean así los muy estimables autores de esos escritos. Sin duda, «Jerusalén ha cambiado mucho en diez y ocho siglos.... Tiene algo de superstición el querer encontrar en las calles de la ciudad moderna las mismas de la antigua ⁴». Pero no hay necesidad de eso para reconstituir la verdadera fisonomía del camino que siguió el Señor.

El centro del arco del *Ecce Homo*, nos da el del *Lithostrotos*, fija el sitio del *Bema* en que estaba sentado Pilatos y el de la *Escala Santa* por donde se salía á la galería occidental del atrio de la Antonia. Alrededor de ese arco es verdad que hay una elevación de terreno y nos oculta el suelo de la plaza en que los Judíos gritaron: «Crucifícale, crucifícale»; pero la dirección de la calle no ha podido cambiar: está todavía en el centro del arco y baja siguiendo la pendiente por donde antes se subía á la ciudadela y al Templo. La iglesia subterránea del *Pasmo* y su pavimento de mosaico, aún conservan la medida de la pendiente é indican la desviación que el camino tenía en este sitio. La posición de la puerta Judicial está bastante determinada por la dirección del segundo muro, el que

¹ V. GUÉMIN: *La Terre Sainte*, p. 88.

² *Id.*, *loc. cit.*

³ ROHAULT DE FLEURY: *Mémoire sur les instruments de la Passion*, p. 280.

⁴ BOVET: *Voyage en Terre Sainte*, p. 120.

encerraba Acra, del cual se encuentran restos á algunos metros hacia Poniente, á lo largo del Bazar actual y en las nuevas construcciones rusas ¹. El eje de esta puerta marca el del camino que á ella conduce, el *Tariq-es-Serai* de ahora, en el cual se encuentra la casa de Santa Verónica. Tenemos, pues, aseguradas estas dos grandes líneas, la bajada de la Antonia y la subida de la puerta Judiciaria.

La igualación de ambas no puede ofrecer duda, porque la impone la naturaleza misma del terreno. Sigue por el fondo del valle, y la elevación considerable que el suelo ha tenido por aquí, no cambia nada la fisonomía general de estos sitios ². Tenemos, pues, seguro también este punto, y así podemos cruzar toda la ciudad, desde el *Lithostrotos* hasta el muro exterior, sin dejar el Camino de la Cruz. Pero, ¿estamos al mismo nivel, ó tal vez los escombros nos apartan completamente de la tierra que pisó Jesús con sus divinas plantas?

En la *Escala Santa* vamos evidentemente más bajos, y llegando al *Ecce Homo* caminamos por escombros amontonados sobre el antiguo camino; también debajo del arco, las losas que enrojeció la sangre divina se encuentran como á cinco pies debajo del suelo actual ³. En ciertos puntos del camino, como en lo hondo del valle ⁴, delante de la casa de la Verónica y bajo la puerta Judiciaria ⁵, volvemos á encontrar el nivel primitivo á profundi-

¹ Al Este del Santo Sepulcro, muy cerca del convento de San Abraham, el que parece quieren anexionarse.

² La elevación del suelo se calcula por el nivel de la capilla subterránea del Pasmó.

³ Véase el Apéndice C.

⁴ En la iglesia subterránea del Pasmó.

⁵ Los Franciscanos han descombrado el terreno alrededor de la columna que queda en pie, y el suelo antiguo ha salido á siete u ocho pies del nivel actual.

dades diversas, pero con exactitud bastante para forjarnos la ilusión de que vamos acompañando á nuestro Redentor. ¿No tenemos bastante con el Gólgatha y el Santo Sepulcro, donde son visibles sus huellas, para satisfacer nuestros deseos, teniendo en cuenta los trastornos que han afligido á Jerusalén, y respetando, no obstante, el camino que siguió el nuevo Isaac?

Si parece maravilloso que se hayan conservado esas líneas después de tantas devastaciones, no olvidemos que eso lo ha hecho la fuerza de las cosas. Agrippa no modificó el camino, y los Judíos lo respetaron hasta el sitio del año 68, porque convenia á los intereses de sus conciudadanos. Después de la ruina de Jerusalén por Tito, el acceso desde lo interior de la ciudad al valle de Josaphat, no debió de ser fácil sino por la *Báb-Sitti-Mariam*, antigua *puerta de las Ovejas*, que se encuentra pasando por debajo del arco del *Ecce Homo*, después de haber subido la cuesta de Gabbatha en el punto en que no es quebrada, como al pie del muro accidental del Templo ¹.

Adriano, que reemplazó al *Hieron* judío con un santuario pagano, y Juliano el Apóstata, que soñó con restaurar el altar de Jehova, dejaron las cosas como estaban, y, por consiguiente, se tenía que seguir el camino acostumbrado. La vertiente opuesta, la subida de la puerta Judiciaria, debió de quedar lo mismo ² por

¹ JOSEPH.: *Antiq. Jud.*, XV, xi, 5.—Cuando la ciudadela Antonia estaba en pie, la calle que hoy se llama *Höch-Aekhia-Beg* desembarcaba en la plaza que precedía al pretorio. Para ir á la puerta de las Ovejas, se pasaba por el patio de los Gentiles al Mediodía, donde se daba vuelta á los fosos de la Antonia, á Norte y Este. La caída de la fortaleza rectificó el camino é hizo la calle más útil y más frecuentada. No se pudo pensar, pues, en modificar el trazado primitivo.

² Como dirección con seguridad, y probablemente como nivel aproximado, como no sea alrededor de la misma puerta, á causa del sitio de Tito, de las alteraciones que hiciera Adriano y de las construcciones de Constantino.

idénticas razones, al revés que los alrededores del Calvario, donde se allanó el terreno para construir la basílica de Constantino, y perdieron su aspecto primitivo. Infírese, pues, que los caminos absolutamente necesarios para la circulación fueron descombrados así que habían quedado obstruidos, y, ¡cosa singular!, con el cuidado de conservar su inclinación natural en vez de aprovechar los escombros para terraplenar y disminuir lo agudo de las cuestas y acortar la distancia. Nada más fácil en lo hondo del valle de Acra¹; pero la pasión que tienen los orientales á lo que es tradicional, ó, si se quiere, lo abandonados que son, ha servido maravillosamente los designios de la Providencia de conservarnos el que podamos ver exactamente, digámoslo así, á Jesús con la cruz á cuestas. ¿Á qué fin, pues, unirnos con los que desestiman esa atención tan tierna, en lugar de aprovecharnos de ella para avivar nuestra fe y nuestro amor? ¿No es mejor responder á los fabricantes de objeciones: «Si, ya lo sé; pero no estoy para pensar en eso? Al oír nombrar á Jesús en los sitios mismos donde padeció muerte, siente uno en sí el estremecimiento que causaría la realidad?»

Juntémonos, pues, con el fúnebre cortejo, todo lo más cerca que podamos de la celestial víctima, para no perder ningún incidente de su agonía, ni tampoco de las enseñanzas que de ella se derivan.

Se ha puesto al frente un centurión, en conformidad á lo prescrito en la ley romana²: á él le toca presidir la

¹ La diferencia de niveles se debe aquí á los arrastres del terreno más bien que á un trabajo de terraplenar, y es muy poco considerable para atribuirlo á la voluntad de levantar el fondo del valle con el fin de disminuir lo agrio de los pendientes adyacentes.

² BOBET: *Voyage en Terre Sainte*, 120.

³ *Centurio supplicio prepositus* (Séneca). Tácito le llama: *Eractor mortis*.—La V. Agreda quiere que se llamara: Quinto Cornelio (*Mística Ciudad de Dios*, p. II, lib. VI, c. 21).

ejecución y mantener el orden entre los asistentes con su compañía, que lleva al reo entre filas cerradas. Junto al centurión marcha un pregonero que lleva la inscripción escrita por orden de Pilatos¹, y toca la trompeta abriendo paso. Delante de ellos se separa hacia los lados la gente, más atenta á la cruz con que van á cargar al Galileo, que no á la tablilla en que se lee el motivo de su condena.

Un grito de horror y de cólera se hizo oír al aparecer Jesús debajo del arco grande de la Antonia. En el viso de la pendiente, muy á la vista de toda la plaza, parece que ya domina al universo desde lo alto de esas nubes en que juzgará á los vivos y á los muertos, con la cruz entre sus brazos como un instrumento de reinar. Con mirada dulce y majestuosa recorre la muchedumbre. Las lágrimas que corren por sus mejillas se mezclan con la sangre que mana de su frente, lágrimas y sangre que llaman al arrepentimiento; ellos no lo entienden, pero su amor se complace en llamarles de este modo. Después, levantando el madero infame, baja lentamente, empujado más bien que sostenido por los verdugos, llevando sobre el hombro izquierdo el peso que ha de transportar hasta el Calvario².

Tal era la costumbre romana, según lo sabemos por un chiiste siniestro de Plauto: «Que lleve su cruz por la ciudad», hace decir á uno de sus personajes, «y después pónganle en ella»³. Jesús había aludido á esto muchas veces delante de sus discípulos cuando les hablaba de

¹ Suetonio: *Caligula*, 32: «Precedente titulo qui causam pœne indicaret.»

² JOANN., XIX, 17: «Bajulans sibi crucem exivit.»—San Bernardo tenía gran devoción á la llaga del hombro izquierdo del Salvador.

³ «Patibulum ferat per urbem, deinde affigatur cruci.» (*Novius*, III, 183).—Cf. PLUTARCO: *De sera Namin. vindicta*, § 9.

tomar su cruz y llevarla en pos de él ¹. Este género de suplicio no era ordinario entre los Judíos, pero lo practicaban los Romanos y desde la anexión, no eran los ejemplos menos frecuentes en la Judea que en las demás partes del Imperio. Los profetas habían visto al Mesías caminando así con la leña de su sacrificio á cuestas ², y probablemente no faltaría alguno por allí que se acordara de eso. ¡Ay! Aquellos á quien tocaba el deber de tener presentes las profecías, los sacerdotes encargados de explicar al pueblo las figuras y los vaticinios, hacía ya mucho tiempo que no pensaban sino en torcer su sentido como más favoreciera á sus pasiones: á la hora presente, la Escritura era para ellos un libro cerrado, en el cual no sabían leer el triunfo próximo de su víctima, ni que la condenación de Dios caía sobre su sacerdocio y su santuario.

Entretanto Jesús iba subiendo la cuesta hacia Acra, consumiéndose rápidamente con el esfuerzo que hacía para llevar la cruz que por instantes se le hacía más pesada. Iba cayéndose entre las risotadas y befas, apremiado por los satélites que le empujaban con sus bastones y por la chusma que le tiraba tierra y cascajo ³. Á duras penas pudieron los legionarios defenderle de estas violencias, de que se complace en todas partes el populiacho, pero más particularmente las turbas orientales, verdaderas jaurías sedientas de sangre y que aullan alrededor de los que van al patíbulo.

Á la parte baja de la cuesta había aún hace poco ⁴

¹ MATTH., XVI, 24.—MARC. VIII, 31.—LUC., XI, 23, etc.

² GENES., XXII, 6.—ISAI., XXII, 22.

³ Véase Catalina Emerich: *Douloureuse Passion*, c. xxvi.—Es un rasgo de costumbres orientales que se puede comprobar en cualquier ocasión.

⁴ Así estaba cuando nuestra peregrinación á los Santos Lugares en 1855: en 1899 no hemos encontrado ya este accidente del terreno.

un resalto de terreno, bastanté para ser un obstáculo para quien subía y un peligro para quien bajaba, si no era dueño de sus movimientos. ¿Existía ya semejante en tiempo de Nuestro Señor? ¡Quién sabe! En todo caso aquí es donde la tradición fija la primera caída de Jesús: un paso en vago le hizo caer y, cuando se levantó magullado, le faltaron las fuerzas para volver á cargar con la Cruz.

En aquel momento volvía del campo, por el camino de la puerta de Damasco, un hombre (¡dichoso él entre todos los hombres!) que le estaba reservada la honra de llevar la cruz del Maestro, en vez suya y á su lado. Era un extranjero, llamado Simón, venido de Cyrene ¹, con sus dos hijos Alejandro y Rufo ², pagano, á juicio de algunos ³, ó cuando más, prosélito. Él no había tomado parte ninguna en las locuras que infamaron aquella mañana, y, cuando vió caer á Jesús, no pudo contener un impulso de compasión ⁴, acaso una protesta contra la rudeza de los guardias. Eso bastó para que le obligaran á servirles; le echaron mano y le exigieron que llevara la cruz de su protegido por casual encuentro ⁵. ¿Se negaría al principio? No sabemos nadá y preferimos creer que accedió de buen grado, lo cual además era lo mejor que podía hacer, pues el resistirse habría sido peligroso.

Los Romanos tenían costumbre de embargar así arbitrariamente. «Si un soldado te impone ir de bagaje, dice Arriano ⁶, guárdate de resistir y hasta de murmurar. Te dará de golpes, y además se te llevará el jumento.» Aquí,

¹ MATTH., XXVII, 32: «Exeuntes autem invenerunt hominem Cyrenæam nomine Simonem: hunc angariaverunt ut tolleret crucem ejus.»

² MARC., XV, 21: «Simonem... patrem Alexandri et Rufi.»

³ S. JUAN CRISOSTOMO, S. HILARIO, TEOFILO, S. LEON, etc.—Cf. LANDULFO, *op. cit.*, c. LXII, 35.

⁴ Es la opinión común y la más verosímil.

⁵ Así piensan algunos, pero no es más que sentimiento más común.

⁶ ARRIAN: *Dissert.*, IV, 1.—Cf. PAULY: *Real Encyclopædie*, v. Ἀγγαρεα.

detrás de los soldados, estaba además la chusma dispuesta á maltratar al recalcitrante. De bueno ó de mal grado no había más que obedecer, á lo cual se resignó Simón sin prever el precio en que le sería pagada su cooperación á la salud del mundo.

Tomó, pues, la cruz y siguió á Jesús ¹, que así pudo andar con mayor facilidad y rapidez, por terreno más igual y en atmósfera menos cargada. Había allí, con efecto, una especie de encrucijada donde el sol de Abril enviaba sus rayos, templados por la bruma, y por lo mismo de más alivio para el Mártir; á cuyas venas agotadas y frías este calor devolvía un poco de vida, y la luz avivaba las formas y los colores ante sus ojos cubiertos de sangre. Así es como pudo conocer, á algunos pasos de allí, entre un grupo de amigos demasiado reducido, y sostenida por la Magdalena y por el discípulo amado ².... á su Madre.

El Evangelio no habla de este encuentro; pero la tradición lo tiene por cierto, y verdaderamente habría sido extraño que no se verificara. María debió de poner em-

¹ Luc., XXIII, 26: «Et imposuerunt illi crucem portare post Jesum.» — Por este texto que explica los de San Mateo y San Marcos, se ve que Simón no llevaba la cruz simultáneamente con Jesús, sino solo él y detrás. Es la opinión aceptada por todos los Padres orientales y por San Jerónimo, San Agustín, etc.—Cf. S. BACUDA: *Revelation.*, lib. I, c. x, 9: «Unus assumpsit eam (crucem) portandam sibi.»

² Nosotros colocamos el encuentro de María después que el del Cireneo, separándonos del orden que comunmente se sigue; porque éste nos parece poco lógico. En el cruce de las calles, Simón podía estar en primera fila, muy á la vista y fácil de ser advertido; cincuenta metros mas adelante, tenía que estar perdido entre la turba. Por lo demás, pudo ser requerido ó embargado antes del encuentro de María, y haber cargado con la cruz después de este encuentro. De este modo todo se armoniza fácilmente, dado el poco tiempo que media y supone las acciones casi simultáneas. El orden tradicional del *Via crucis* no tenía nada de absoluto.—LANDALEO (*Vita Christi*, c. LXII, 34-35), pone el encuentro de las hijas de Jerusalén antes que el del Cireneo.



Calte de la Amargura.

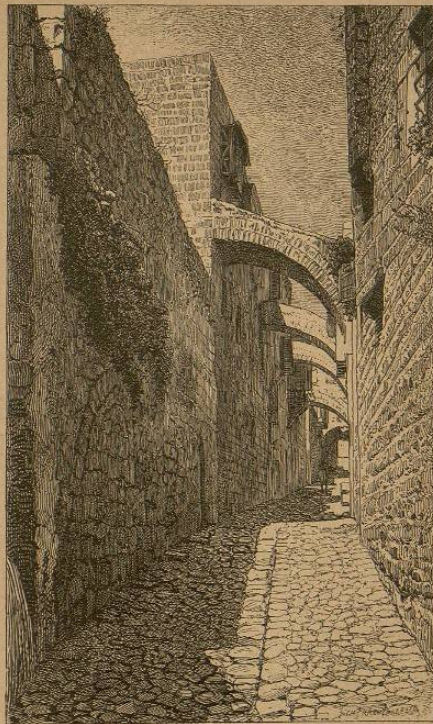
de los que se detienen en el camino, la chusma dispuesta a volar al encuentro. Un viento de mal grado se levanta, mas por desgracia, y se cansa, se resignó Simón a llevar el peso de la cruz sobre su propia su cooperación en el actual del camino.

Tomo, para la cruz, desde la fuente, que así pudo andar con mayor comodidad y rapidez, por terreno más igual y en un terreno más elevada. Había allí, con efecto, una especie de miraculada donde el sol de Abril enviaba sus rayos, resplandores por la bruma, y por lo tanto de los que para el Mártir; a cuyas venas agotadas y cansadas, desde un poco de vida, y la luz que se le veía en los ojos, y las vestras ante sus ojos cubiertas de sudor. Al ir como pudo avanzar, a algunos pasos de allí, halló un grupo de gente demasiado reducido, y agitado por la indignación y por el discípulo amado.

El Evangelio no habla de este encuentro; pero la tradición lo tiene por cierto, y verdaderamente habria sido extraño que no se verificara. María debió de poner em-

Nota. XXXII, 29. «E imponunt illi crucem portare post Jesum.» — Por esta vez, que se cita en San Mateo y San Marcos, se ve que Simón no lleva la cruz simultáneamente con Jesús, sino solo él y detrás. Es la opinión que se tiene por todos los Padres orientales y por San Jerónimo, San Agustín, etc. — S. Basilio: *Hexameron*, lib. I, c. 2, 9: «Ums assumpti sunt crucem; postea se sibi»

Nuestros autores se separaron de María después que el del Cyreno, separáronlos del orden que comúnmente se sigue; porque éste nos parece poco lógico. En el cruce de las calles, Simón podrá estar en primera fila, muy a la vista y fácil de ser advertido; cincuenta metros más adelante, como que estar perdido entre la turba. Por lo demás, pudo ser requerido o llamado antes del encuentro de María, y haber cargado con la cruz desde ese momento. De este modo todo se harmoniza fácilmente, dado el orden que se sigue en la acción y suposición; las acciones casi simultáneas. El orden que se sigue en el Evangelio no tenía nada de absoluto. — *Laxoureo (Vita Christi)*, cap. 24, 25. «... el encuentro de las hijas de Jerusalén antes que el del Calvario»



Calle de la Amargura.

peño por acercarse á su hijo desde que tuvo noticia de que lo habían preso, y probablemente llegaría á los alrededores del pretorio. La morada de los Pontífices estaba cerrada para ella, pero el tribunal romano era accesible para todos, y, por lo tanto, pudo asistir á las horribles escenas de la flagelación y del lavatorio de Pilatos; pudo oír los aullidos de la turba y las protestas del Procurador; pudo, en fin, ver á Jesús á la salida de la Antonia y enterarse del camino que iban á seguir. Por eso la encontramos donde desemboca una especie de callejuela, paralela á la vía dolorosa con la que se juntaba como á sesenta metros del sitio en que Jesús cayó en tierra por primera vez ¹.

¿Llegó á tiempo de ver á su Hijo rodando en el polvo y haciendo esfuerzos para levantarse bajo el abrumador peso del fatal madero, ó le vió solamente descargarse de la cruz pasándola á las espaldas del Cirineo? Poco importa lo uno á lo otro para lo atroz de su dolor. Muchas veces se ha intentado pintarlo, y siempre con igual falta de resultado. ¿Para qué hemos de pretender lo imposible? El Profeta había dicho ya de la Hija de Sión: «Á quién te compararé, y quién se podrá creer semejante á ti? ¿Veré en ti un afligido como los demás, y me empeñaré en consolarte? Tu dolor es inmenso como el mar, y no hay remedio ninguno para él ². Y en boca de la dolorida misteriosa había puesto estas palabras: «¡Oh, vosotros los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como el mio ³!»

¹ LANDULFO: *Vita Christi*, 2.^a pars, c. LXII, 33: «*María ivit celeriter per aliam viam brevioram et compendiosam.*»

² THREN., II, 13: «*Cui comparabo te, vel cui assimilabo te, filia Jerusalem? Cui exequabo te et consolabor te, virgo filia Sion? Magna est enim velut mare contritio tua; quis medebitur tui?*»

³ *Id.*, I, 12: «*O vos qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.*»

La espada anunciada por Simeón se le había clavado en el pecho y desgarrado su corazón ¹. Para sondear la herida sería menester la mirada de Aquel que tenía la espada y hacia á su Madre la corredentora del linaje humano.

Debieron de pararse un poco los soldados, acaso para pasar la cruz al Cirinco, acaso por conmiseración á los afligidos : por duros que fueran de corazón, ¿podían resistirse á la imprevista emoción de este encuentro de la Madre y el Hijo en el camino del Calvario? Para honra de la humanidad no les neguemos un resto de misericordia y de respeto delante de tal ruina y de un dolor tan desgarrador ². En tiempo de Tiberio, el soldado romano estaba ya acostumbrado á matar sin escrúpulo; pero lo hacia cumpliendo órdenes superiores y creía llenar un deber. César no habia imaginado nunca ese lujo de humillaciones y torturas, añadidas al último suplicio, *perreuntibus addita ludibria*, como dice Tácito ³; todo eso era cosa de los Judios, y el desprecio á los vencedores despertaba tal vez en el espíritu de los legionarios la compasión al vencido.

Ello es que Jesús y María pudieron cambiar una mirada, y con la mirada se cambiaron el alma toda con tal fuerza de compasión y de ternura, que nosotros no podemos de modo alguno medirla. Se unieron una vez más en renunciar todo su ser á favor de los hombres y para gloria del Padre Eterno. La tradición pretende, no obstante, que la desolada madre se desmayó bajo el peso del sacrificio, como su hijo habia desfallecido en el jardin de las Olivas ⁴. Esto no tiene nada de extraño, nada que dismi-

¹ LUC., II, 35: «Tuam ipsius animam pertransibit gladius.»

² LANDULFO, *loc. cit.* — Cf. FARRAR: *Life of Christ*, p. 438; — MME. DE GASPARI: *Jésus*, p. 347.

³ TACITO: *Annal.*, XV, 44. — Cf. PLAUTO: *Mastellaria*, 52-55.

⁴ LANDULFO: *Vita Christi*, *loc. cit.*: «Imo dicitur in terram corruisse.»

nuya la grandeza del alma ni la sumisión perfecta de María á la voluntad de Dios: los desfallecimientos de la naturaleza atestiguan la violencia de la prueba sin aminorar el mérito de la resignación.

Jesús habia pasado, cuando María volvió en sí, decidida completamente á seguirle con ayuda de las santas mujeres. El Nazareno habia dado vuelta hacia la derecha y subía la calle que conducía á la puerta Judiciaria, una de esas calles estrechas, sucias y oscuras que se ven á cada paso en las ciudades de Oriente. La cuesta era aguda de subir para el Salvador, cuyas fuerzas disminuian más y más. Era recio el calor, estaba el aire pesado, y con el mucho polvo no se podía respirar debajo de las bóvedas que á cada paso ocultaban allí la vista del cielo ¹. El gentío se aumentaba sin cesar, apiñándose á lo largo del camino, en los umbrales de las puertas, obstruyendo toda la calle por delante, empujando la marcha de la escolta por detrás. Cruzábanse en los aires las voces con que se llamaban unos á otros, con carcajadas, sarcasmos, ó gritos de espanto que se oían en las celosías, detrás de las cuales disimulaban su curiosidad las mujeres ², despavoridas unas, crueles otras, según estaban antes en pro ó en contra del Nazareno.

De cuando en cuando el centurión mandaba á su gente aislar al sentenciado mediante vigorosos empujones que daban á las masas, que entonces se estrujaban dando alaridos dolorosos, grita á los soldados y amenazas cautelosas al oficial. Impasible éste, volvía á proseguir la marcha, con la espada en la mano, y si se contenía de

¹ Es el aspecto moderno de esta calle; pero todo hace creer que no difiere gran cosa de la antigua. En todo caso, le cuadra admirablemente al paso que estamos describiendo. — Cf. BOVER: *Voyage en Terre Sainte*, p. 120.

² Prov., VII, 6: «De fenestra enim domus mea per cancellos prospexi.» — Cf. CATHERINE EMMERICH: *Douloureuse Passion*.

cargar sobre aquella canalla, era únicamente por el temor de una aventura que pudiera tildar el nombre de Roma ó la fortuna del Procurador.

Aún no hemos dicho nada de los Pontífices y los Sanhedritas, como si no hubieran tomado parte alguna en esta fúnebre procesión. Mejor sería creer que estaban ausentes, no por absolverles, sino porque esto parecería que atenuaba su crimen. Pero el Evangelio atestigua lo contrario. San Lucas ¹ y San Juan ² hablan aquí con toda precisión: los directores que dan á ese acompañamiento, son cabalmente los mismos «á quien Pilatos entregó» la víctima; los acusadores del pretorio, los jueces del monte Sión, los asesores de Caiphas, los Escribas, Sacerdotes y Ancianos. Todos van allí. Han querido gozarse en su triunfo á lo largo, haciendo gala de él á la cabeza del pueblo, á quien preceden montados en sus mulas blancas ricamente enjazzadas ³, sugiriendo los mueras y saboreando las aclamaciones.

Los legionarios, que les desprecian, no sienten atropellarlos en los empujones que el centurión les manda dar: aquéllos lanzan entonces miradas llenas de cólera y odio á los representantes de la autoridad extranjera, y murmuran bajito maldiciones contra Roma y el César. ¡Ah!, su orgullo sufre mucho de que parezca que se inclinan bajo el yugo, y no se forja ilusiones acerca del envilecimiento á que ellos mismos acaban de someterse á la vista de todo el pueblo. Pero, con eso y todo, ¿se comprobaba demasiado caro el placer de pisotear al adversario que Pilatos entregaba al suplicio de los más odiosos cri-

¹ LUC., XXIII, 26: «Et quum ducerent eum.»

² JOANN., XIX, 16: «Susceperunt autem Jesum et educerunt.»

³ Es el modo tradicional de cabalgar los funcionarios civiles y los grandes personajes del orden religioso y judicial.—Cf. NUM., XXII, 22;—JUD., I, 14;—II REG., XVII, 23;—III REG., XIII, etc.

minales? En comparación de este gozo, lo demás no era nada; la patria entregada, la religión profanada, Dios blasfemado, el honor antiguo repudiado, lo mismo que las esperanzas del tiempo presente y del porvenir eterno.

Y caminaban adelante, con la frente erguida, sin que les inquietara el horroroso y desolado aspecto de la naturaleza, bajo un cielo que por momentos se iba oscureciendo. Faltaba muy poco para el mediodía, y sin embargo el sol disminuía sus rayos á medida que se aproximaba al zenit. Ninguna brisa movía la atmósfera, y los mil ruidos ordinarios del espacio se extinguían gradualmente dando lugar á un silencio amenazador. ¿Qué rayo iba á rasgar estos velos? ¿Qué trueno iba á romper este silencio? ¿Qué conmoción iba á sacudir esta languidez?

El centurión era por ventura el único entre toda aquella muchedumbre que se hacía estas preguntas con una especie de pavor religioso, y volviendo los ojos á su prisionero, comenzaba á decirse: «¿Llevará razón éste cuando se llama Hijo de Dios?»